

## CRÓNICA

### EXPOSICIÓN DEL DIBUJO EUROPEO EN TIEMPO DE VELÁZQUEZ

*A PROPÓSITO DEL RETRATO DEL CARDENAL BORJA DE VELÁZQUEZ  
DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO*

22 de diciembre de 1999 al 30 de enero de 2000

Aunque esté bien establecido que Velázquez dibujó mucho, sobre todo en su juventud y durante su primer viaje italiano (1629-1631), poquísimas son las obras gráficas que se le puedan atribuir con certidumbre. El soberbio *Retrato del Cardenal Borja*, considerado por todos como uno de los mejores dibujos del pintor de Felipe IV, es el orgullo de las colecciones de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En torno a esta obra maestra, dicha Academia organizó con mucha celeridad una bellísima exposición de 75 dibujos contemporáneos de Velázquez, siendo comisario el profesor Alfonso E. Pérez Sánchez, máximo experto en la materia. La selección y ordenación de las piezas (procedentes casi todas de las colecciones madrileñas de la propia Academia, del Museo del Prado o de la Biblioteca Nacional) se ha hecho cronológicamente, siguiendo el curso de la vida de Velázquez, con obras de artistas españoles o europeos, que en un momento u otro cruzaron el prodigioso recorrido del gran sevillano.

En una apurada selección de bellos dibujos se pudieron admirar obras del primer naturalismo barroco sevillano con Herrera el Viejo (n.ºs 2-5) en el taller del cual pasaría Velázquez poco tiempo antes de entrar en el de Pacheco (n.º 1, *Apoteosis de Hércules*, de tradición tardo manierista). Al llegar a Madrid el joven pintor pudo enfrentarse con artistas como Vicente Carducho (n.ºs 7-12) o Eugenio Cajés (n.ºs 15-16), respectivamente hermano o hijo de artistas toscanos que trabajaron en El Escorial y cuyo estilo pasa del academismo florentino a un realismo de inspiración veneciana.

Del resto de Europa Velázquez va a conocer en 1628 el poderoso estilo de Rubens (n.ºs 17-18) y poco más tarde, en Italia, el de Van Dyck (n.º 32) junto a los grandes herederos del clasicismo de los Carracci, Reni (n.º 24), Domenichino (n.ºs 25-26) y Lanfranco (n.ºs 27-28) o la elegancia delicada del Guercino (n.ºs 20-21). De Nápoles proceden los magníficos dibujos de Ribera (n.ºs 29-31), con quien Velázquez mantuvo frecuentes contactos en sus dos viajes italianos. Al regresar a Madrid el pintor de Felipe IV colabora de manera importante en la decoración del Buen Retiro, donde se ilustran también Carducho y Cajés al lado de nuevos talentos como Leonardo (n.º 33, *Rendición de Juliers*, modelino dibujado para uno de sus grandes lienzos del Salón de Reinos) o Antonio de Pereda representado en la exposición con dos interesantes dibujos, resueltos a pluma nerviosa, preparatorios



2



1

Fig. 1. Velázquez: *Retrato del Cardenal Borja*. Madrid, Real Academia de San Fernando.  
Fig. 2. Algardi: *El Papa Inocencio X*. Madrid, Real Academia de San Fernando.

para lienzos de devoción (n.ºs 34-35). Una magnífica selección de obras de Alonso Cano (n.ºs 36-43), amigo, coetáneo y condiscípulo de Velázquez, revela uno de los más completos artistas de su tiempo, pintor, arquitecto, escultor y excelente dibujante.

Bellísimos ejemplos de los italianos que pudo admirar Velázquez en su segundo viaje, tanto barrocos como Cortona (n.ºs 49-50) y Bernini (n.ºs 51-54) o clásicos como Poussin, desgraciadamente ausente de la exposición, Sacchi (n.ºs 22-23) y Testa (n.ºs 57-58) muestran un interesante panorama de los años 1650 en Roma. El último decenio del pintor en la corte está representado por una nueva generación de pintores como Rizi (n.ºs 68-69), Carreño (n.ºs 65-67) y Herrera el Mozo (n.º 71), protagonistas del nuevo estilo teatral plenamente barroco, que se manifiesta en espléndidos dibujos preparatorios para las decoraciones de las iglesias madrileñas.

Del propio Velázquez, al lado del *Retrato del Cardenal Borja* (n.º 44) se exhibieron algunos dibujos más discutibles que a un momento u otro se le atribuyeron (n.ºs 45, 46, 48) y dos retratos al óleo del Cardenal borja (Frankfurt y Ponce, Puerto Rico), que al lado del ejemplar de Toledo, por fin no presentado, pretendieron al título de originales del maestro. Pero el retrato dibujado, fechable hacia 1643-1645, de cualidad deslumbrante, de una extraordinaria sutileza de toque y una vivísima intensidad expresiva, supera de manera indiscutible las versiones pintadas, probablemente por el taller.

Aunque en estos últimos veinticinco años, gracias a los trabajos pioneros de D. Angulo Íñiguez y A. E. Pérez Sánchez, el dibujo español esté mejor conocido de parte de los estudiosos y los coleccionistas, las exposiciones de obras gráficas resultan todavía demasiado escasas. Y no es corriente la exhibición de un material tan diverso, nada subsidiario a la pintura y que posee valor propio. Esta interesantísima exposición y la publicación de su catálogo, procurando un amplio panorama de los dibujos, tanto españoles como extranjeros, que Velázquez pudo estudiar a lo largo de su brillante carrera, resulta uno de los acontecimientos más importantes del IV Centenario de la muerte del pintor.

O. DELENDÁ  
Wildenstein Institute, París

## DOS EXPOSICIONES EN EL MUSEO DE AMÉRICA DE MADRID

Por esas casualidades a las que Cronos no es ajeno, han venido a coincidir dos exposiciones «americanas» en el museo madrileño. Una, la oficial, organizada por la *Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V*, y otra, por una entidad privada, Cajasur. Ambas tienen en común su apelación a la época virreinal: «Los Siglos de Oro en los virreinos de América 1550-1700», la primera y «Perú: Fe y Arte en el Virreinato», la segunda, pero a eso se reduce toda coincidencia.

Aún recordamos exposiciones en las que había un claro concepto del porqué de su celebración y los medios —pocos— de los que se disponía se encauzaban a tal fin. Realizadas por historiadores del Arte en su comité organizador siempre aparecían otros nombres cuya presencia a nadie engañaba. Pero de tales centenarios quedaban huellas muy visibles, tanto en la literatura artística como en los lugares que fueron escenario de las conmemoraciones. Baste recordar, sólo, dos ejemplos: «Carlos V y su ambiente», Toledo, 1958, y «Velázquez y lo velazqueño», Madrid, 1960. En ellas no hubo grandes y aparatosos montajes sino, simplemente, magníficos escenarios que, con tal motivo, se restauraron. Así renació el toledano Museo de Santa Cruz y el Casón del Buen Retiro se convirtió en aquella mágica sala de exposiciones